

LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA AMORIS LAETITIA

Su Exc.^a Mons. Vincenzo Paglia
Presidente del Pontificio Consejo para la Familia

El valor "sinodal" de la Exhortación Apostólica

Con la *Exhortación Apostólica post-sinodal, Amoris Laetitia*, el Papa Francisco recoge el fruto de un largo itinerario eclesial y lo presenta con autoridad a toda la Iglesia Católica. El Papa ha querido que durante dos años la Iglesia, en sus diversas fases y en un estilo sinodal, concentrase toda su atención en la familia. La primera ocasión fue el Consistorio de febrero 2014, en el que pidió a los cardenales que abordaran este tema; a continuación tuvieron lugar las dos asambleas sinodales (2014 y 2015) y él mismo en persona desarrolló en el transcurso del año 2015 más de treinta catequesis sobre la familia. De igual modo, la doble consulta realizada a las Iglesias locales constituyó una gran novedad; la Secretaría del Sínodo fue la encargada de recibir y analizar los resultados. No creo que haya otro documento papal que haya tenido una tal gestación. El Papa al mostrar el fruto destaca el método sinodal. Él escribe que las dos asambleas sinodales han contenido "una gran belleza, y han brindado mucha luz". Y continúa: "el conjunto de las intervenciones de los Padres, que escuché con constante atención, me ha parecido un precioso poliedro, conformado por muchas legítimas preocupaciones y por preguntas honestas y sinceras. Por ello consideré adecuado redactar una Exhortación apostólica postsinodal que recoja los aportes de los dos recientes Sínodos sobre la familia, agregando otras consideraciones que puedan orientar la reflexión, el diálogo o la praxis pastoral y, a la vez, ofrezcan aliento, estímulo y ayuda a las familias en su entrega y en sus dificultades"(4). Me parece importante hacer hincapié en la novedad del proceso sinodal que califica tanto el contenido como el método. Muestra de inmediato la nueva relación que la Iglesia debe establecer con las familias de hoy en día, con sus "gozos y esfuerzos, tensiones y descanso, sufrimientos y liberaciones, satisfacciones y búsquedas, molestias y placeres" (cfr.n.126). ¿Cómo no ver aquí el eco de las famosas palabras que dan comienzo a la *Gaudium et Spes*? Podríamos traducir: "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de las familias de nuestro tiempo, sobre todo de las familias heridas y de

aquellas que sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón"(cfr.1). Existe un hilo conductor que une la Exhortación Apostólica directamente con el Concilio: desde la alocución inicial *Gaudet Mater Ecclesia*, pasando por la *Gaudium et Spes* hasta llegar a la *Evangelii Gaudium*. Es el hilo conductor de "aquella inmensa simpatía" de la que hablaba Pablo VI al referirse a la sensación que impregnó los trabajos del Concilio Vaticano II.

Un gran simpatía por las familias surca todo el texto

Todas las páginas del texto están marcadas por una mirada de gran simpatía hacia las familias. El Papa afirma claramente que "de ninguna manera la Iglesia debe renunciar a proponer el ideal pleno del matrimonio, el proyecto de Dios en toda su grandeza" (307). A la luz de este horizonte, elevado y concreto, abierto por la Exhortación a la "vocación cristiana" del proyecto familiar, creo que es necesario entender esta llamada en un doble sentido. La Iglesia no debe mostrar reticencia cuando ha de anunciar el ideal pleno del matrimonio, de acuerdo a las fuertes palabras del Señor al hablar de su belleza y de la seriedad de sus vínculos. Y no ha de ser reticente para presentarla como una forma de plena actuación de la fe. En resumen, es un bien indispensable para la vida eclesial, es un bien muy valioso para la evangelización de la vida.

Es precisamente esta altura del ideal lo que impulsa al Papa a pedir un compromiso renovado para acercarse a las familias en lo concreto de sus vidas. La Iglesia tiene que hacer suyas las dificultades y esperanzas de sus fieles. Es una madre. Es por esta razón que no observa a las familias desde el exterior con frialdad notarial dispuesta a enumerar las transformaciones y a encontrar eventuales culpas y así poder condenarlas. Pero tampoco es ciega ni se resigna. La Iglesia - como se ve en *Amoris Laetitia* -, conoce bien las enfermedades que afectan a las familias de hoy. Pero - a diferencia de los profetas de la fatalidad o de los hijos de la resignación - sabe que "esta enfermedad no es de muerte" (Jn 11,4), como Jesús dijo al hablar de su amigo Lázaro. La Iglesia es amiga de la familia, de todas las familias. Y ayuda a todas las familias a caminar hacia la plenitud del encuentro con Jesús.

La Exhortación, impregnada de esta apasionada amistad, se presenta como una larga meditación de los aspectos de la vida familiar, tanto de los más enriquecedores como de los más críticos. Sin embargo, si nos situamos en una posición estratégica, podremos ver que la familia no es solamente la historia de los individuos y de sus deseos de amor (incluso si estos existen), sino la misma historia del mundo. Se podría decir que la familia es la madre de todas

las relaciones. Es así como aparece ya en los dos primeros capítulos del Génesis a los que hace referencia la Exhortación: en ellos la historia humana y la familia están estrechamente vinculadas. Familia y sociedad son inseparables. Cuando las cosas no van bien en la familia tampoco van bien en la sociedad.

Hacia una Iglesia "familiar"

A partir de este enfoque estratégico, el Papa pide un cambio de ritmo y estilo que incumbe a la forma de la Iglesia. La Iglesia, por lo tanto, no podrá realizar la tarea que le ha sido asignada por Dios para con la familia si no incluye a las familias en esta misma tarea, según el estilo de Dios, y por consiguiente, sin asumir ella misma los rasgos de una comunión familiar. Esta esencial eclesiología de la familia es la inspiración que recorre todo el texto, el horizonte hacia el que quiere conducir el sentimiento cristiano en esta nueva era. Esta transformación, si se recibe con fe, decididamente está llamada a transformar la mirada con la que se debe percibir la Iglesia de los creyentes en el período de transición. La clave de esta transformación no se encuentra, como podría parecer, en la equivocada disputa que ha polarizado el inicio de este camino sinodal, en el supuesto conflicto (o alternativa) entre el rigor de la doctrina y la condescendencia pastoral. La Iglesia, gracias al impulso magisterial del Papa, es confirmada en su constitutiva disposición de ir más allá de toda separación artificial y contraposición de la verdad y de la praxis, de la doctrina y de la pastoral, redescubre profundamente la responsabilidad moral de sus procesos de interpretación de la doctrina. Esta responsabilidad – que le ha sido confiada por el Señor, quien de muchas maneras y con gran claridad le ha dado ejemplo- la obligan a practicar un discernimiento de las reglas que tienen que ver con la vida de las personas, de tal manera que en ningún caso pierdan su convencimiento de ser amadas por Dios.

El Papa sabe bien que no es nada fácil ni obvio abrirse a este horizonte. Pero él no quiere ser mal interpretado. No son pocos, incluso entre los creyentes, aquellos que querrían una Iglesia que se presenta esencialmente como un tribunal de la vida y de la historia de los hombres. Una Iglesia que acusa, una Iglesia notario que registra los cumplimientos y los incumplimientos legales, sin tener en cuenta las dolorosas circunstancias de la vida y la redención interior de las conciencias. De este modo se olvida que la Iglesia ha recibido el mandato del Señor de ser valiente y fuerte protegiendo a los débiles, perdonando las deudas, curando las heridas de los padres y de las madres, de los hijos y de los hermanos, comenzando

por aquellos que se reconocen prisioneros de su propia culpa y están desesperados por haber fracasado en sus vidas. Y quiere acompañar a todos hasta la plena integración al Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

Los fuertes signos de esta orientación de rumbo son al menos dos. Es obvio que el matrimonio es indisoluble, pero el vínculo de la Iglesia con los hijos y las hijas de Dios lo es aún más: ya que es como el que Cristo ha establecido con la Iglesia, llena de pecadores que han sido amados cuando aún lo eran. No son abandonados, incluso cuando vuelven a caer de nuevo. Este es, como dice el apóstol Pablo, un gran misterio, que va mucho más allá de cualquier metáfora romántica de un amor que en la vida permanece solamente como un idilio de "dos corazones y una choza". El segundo signo es la consiguiente entrega plena al obispo de esta responsabilidad eclesial sabiendo que el principio supremo es la *salus animarum* (afirmación solemne que concluye el Código de Derecho Canónico, pero que a menudo se olvida). El Obispo es juez en su calidad de pastor. Y el pastor reconoce a sus ovejas incluso cuando han perdido su camino. Su objetivo final es traerlas de nuevo a casa, donde pueda curarlas y sanarlas, y no podría hacer esto si las dejase donde están, abandonándolas a su destino porque "ellas se lo han buscado".

Por lo tanto, es evidente que hay que adoptar un nuevo estilo eclesial. Y esto también requiere un conocimiento de la diversidad de las situaciones. El Papa no propone ni una doctrina nueva ni nuevas reglas jurídicas. Habla de la pluralidad de las intervenciones de los obispos que han formado un "precioso poliedro" (n.4). E insta a las Iglesias a que asuman la responsabilidad de hacer frente a los innumerables desafíos que deben afrontar las familias en las diferentes sociedades en las que están integradas. También advierte que "no todas las discusiones doctrinales, morales o pastorales deben ser resueltas con intervenciones magisteriales". En cada país o región "se pueden buscar soluciones más inculturadas, atentas a las tradiciones y a los desafíos locales, porque «las culturas son muy diferentes entre sí y todo principio general [...] necesita ser inculturado si quiere ser observado y aplicado»" (n.3).

La familia en la Palabra de Dios, en la sociedad contemporánea y su vocación hoy en día

La Exhortación Apostólica - después de la introducción - se abre con un tríptico (los tres primeros capítulos). En el primero se habla de las familias presentes en la Biblia. Y se subrayan sus historias reales hechas de "amor y de crisis" (n.8). En el segundo se describen los retos que las familias de hoy en día están llamadas a afrontar: el fenómeno migratorio y la negación ideológica de la diferencia de sexo ("ideología del gender"); la cultura de lo que es provisional, la mentalidad antinatalista y el impacto de las biotecnologías en el ámbito de la procreación; la falta de casa y de trabajo, la pornografía y el abuso de menores; la atención a las personas con discapacidades, el respeto a los ancianos; la deconstrucción jurídica de la

familia, la violencia contra las mujeres. El texto presenta el individualismo exasperado como un virus que envenena la raíz de los lazos familiares y que conduce a las familias a vivir en una situación paradójica: por un lado, "se teme la soledad, se desea un espacio de protección y de fidelidad, pero al mismo tiempo crece el temor a ser atrapado por una relación que pueda postergar el logro de las aspiraciones personales"(n. 34). Y la paradoja que existe entre la necesidad radical de la familia que todos experimentan y la creciente fragilidad de los lazos familiares que se anulan y se despedazan, se recomponen y se multiplican.

En el tercer capítulo el Papa presenta la vocación de la familia: tal como Jesús la ha definido y la Iglesia la ha recibido. Aquí se examinan los temas de la indisolubilidad, de la sacramentalidad del matrimonio, de la transmisión de la vida y de la educación de los hijos. Y el Papa propone a las Iglesias una autocrítica: a veces nos hemos equivocado al presentar "un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto, casi artificiosamente construido, lejano de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales" (36). Y manifiesta todas sus dudas en la eficacia de una pastoral que "sólo insiste en cuestiones doctrinales, bioéticas y morales, sin motivar la apertura a la gracia" (37). Resulta obvio que el tema central de nuestros días sigue siendo la brecha cada vez más profunda que existe entre los jóvenes y el matrimonio. Si los jóvenes prefieren vivir juntos, ¿no deberíamos preguntarnos si el "Evangelio de la familia", tal como lo presentamos es poco atractivo? ¿no deberíamos replantear el lenguaje y el contenido de este anuncio?

El amor fecundo y las generaciones en el matrimonio y en la familia

Los capítulos IV y V constituyen la parte central de la Exhortación Apostólica. En ellos se declina aquello que sustenta el matrimonio y la familia, es decir el vínculo de amor entre un hombre y una mujer y la fecundidad generadora que resulta de este. El Papa no se limita, como sucede en una catequesis más difundida, a comentar la enseñanza fundamental del Cantar de los Cantares, que es sin duda una joya de la revelación bíblica sobre el amor del hombre y de la mujer. De una manera original, el Papa Francisco comenta detalladamente - palabra por palabra - la fina fenomenología del amor inspirado por Dios en el bello himno paulino de 1^a Corintios 13. El Papa indica el horizonte de altura y concreción que lleva al amor - a todo amor - a la fuente suprema del ágape de Dios. El texto habla de una clave del amor que va mucho más allá de lo místico y romántico. El amor, tal como lo describe el Papa Francisco siguiendo, paso a paso, a San Pablo, aparece lleno de concreción y dialéctica, de belleza y de sacrificio, de vulnerabilidad y de tenacidad (*el amor soporta todo, el amor nunca se da por vencido ...*). ¡El amor de Dios es así! Estamos lejos de aquel individualismo que encierra al amor en la obsesión posesiva "de dos", y pone en peligro la "alegría" de los vínculos conyugales y familiares. El léxico familiar del amor, siguiendo la interpretación del Papa, no carece de pasión, es rico de generación. Por esta razón escribe sobre la libertad de pensar y de apreciar la intimidad sexual de los cónyuges como un gran don de Dios para el hombre y la mujer. Podríamos decir que - también en esto - el texto papal conduce a su plenitud las sugerencias que se encuentran en la *Gaudium et Spes* y que él cita explícitamente:

“El matrimonio es en primer lugar una «íntima comunidad de vida y de amor conyugal», que constituye un bien para los mismos esposos, y la sexualidad «está ordenada al amor conyugal del hombre y de la mujer»”(n.80). El léxico familiar del amor, como lo presenta el Papa, está lleno de pasión, es robusto en la generación.

En el quinto capítulo se pone el acento en la otra dimensión del amor conyugal: la fecundidad y la generatividad. Se habla de manera psicológicamente profunda y de manera espiritual sobre los temas de acoger una nueva vida, de la espera en el embarazo, del amor de la madre y del padre, de la presencia de los abuelos. Además se habla de la fecundidad ampliada, de la adopción, de la acogida y de la contribución de las familias para promover una "cultura del encuentro", de la vida en la familia en un sentido amplio, con la presencia de los tíos, primos, parientes de los parientes, amigos. El Papa subraya la inevitable dimensión social del sacramento del matrimonio (n.186), en la que se declina tanto el papel específico de la relación entre jóvenes y ancianos, como la relación entre hermanos y hermanas, ambas relaciones proporcionan un aprendizaje que hace crecer en las relaciones con los demás.

Me gustaría subrayar dos puntos. En primer lugar, el tema de los hijos. El texto reafirma claramente que el hijo no es un objeto de deseo, sino un proyecto de entrega de vida. De ahí se llega al tema de la relación entre las generaciones. Esta relación está amenazada por la fragmentación y la licuefacción del eros. El vínculo entre las generaciones es el patrimonio que hay que hacer fructificar. Esta es la gran tarea encomendada a la familia: tiene que cuidar la tradición de la vida sin aprisionarla, proporcionar un valor añadido al futuro sin mortificarlo. Este dinamismo sería imposible si la familia perdiese su función social de estabilidad y de propulsión de los afectos. En resumen, uno no se casa para sí mismo. Si la pareja no se encierra en sí misma el matrimonio posee muchos más bienes: un encerrarse en sí mismos no da alegría, conlleva tristeza. La familia es el motor de la historia, el amor que trabaja por la vida: ciertamente no es el paraíso para aquellos que desean escapar de los desafíos de la vida y de la historia. En este paso y alianza entre las generaciones se construye toda la riqueza, saber, cultura, tradiciones, dones y reciprocidad de los pueblos. La pasión por la educación inscrita en las generaciones y la alianza entre una generación y la otra es un termómetro infalible del progreso social.

El tema de la educación es abordado en el séptimo capítulo; hablo de él ahora para unirlo al tema de la generatividad. El Papa advierte que en lo que se refiere a los hijos "la obsesión no es educativa, y no se puede tener un control de todas las situaciones por las que podría llegar a pasar un hijo. Si un padre está obsesionado por saber dónde está su hijo y por controlar todos sus movimientos, sólo buscará dominar su espacio. De ese modo no lo educará, no lo fortalecerá, no lo preparará para enfrentar los desafíos. Lo que interesa sobre todo es generar en el hijo, con mucho amor, procesos de maduración de su libertad, de capacitación, de crecimiento integral, de cultivo de la auténtica autonomía"(261). Cabe destacar la atención que el texto dedica a la educación sexual, un tema nuevo en la pastoral de la Iglesia. La exhortación afirma la necesidad de ella sobre todo hoy en día, en "una época en que la sexualidad tiende a banalizarse y a empobrecerse. Ésta sólo podría entenderse en el marco de una educación para el amor, para la donación mutua" (n.280).

Algunas perspectivas pastorales

En el capítulo sexto la Exhortación insiste en que las familias son sujeto y no solamente objeto de la evangelización. En primer lugar, ellas están llamadas a comunicar al mundo el "Evangelio de la familia" como respuesta a la profunda necesidad de familiaridad inscrita en el corazón de la persona humana y de la sociedad. Por supuesto, necesitan una gran ayuda en esta misión. El Papa habla, incluso en este caso, de la responsabilidad de los ministros ordenados. Y señala con franqueza que "les suele faltar formación adecuada para tratar los complejos problemas actuales de las familias" (202). Exige una atención renovada en lo que respecta a la formación de los seminaristas. Se ha de mejorar su formación psicoafectiva e involucrar a sus familias en su formación al ministerio (cf. n.203), y además sostiene que "puede ser útil la experiencia de la larga tradición oriental de los sacerdotes casados" (n. 202). Aquí habría que iniciar una reflexión sobre la relación entre las familias, la maternidad eclesial de la comunidad y la paternidad espiritual del ministerio. Hoy en día, desgraciadamente, es cada vez más evidente la brecha que separa a las familias de la comunidad cristiana. Podríamos decir que las familias son poco eclesiales, a menudo encerradas en sí mismas, y las comunidades cristianas son poco familiares, a menudo ocupadas por una burocracia exasperante.

Hay un punto que merece nuestra atención: el acompañamiento de los novios hasta la celebración del sacramento. El texto insiste en ayudar a los novios a redescubrir la vida de la Comunidad eclesial: es indispensable unir la fe a la vida de la comunidad. De ahí nace la necesidad de acompañar los primeros pasos de la nueva familia recién formada (incluyendo el tema de la paternidad responsable). Aquí nos encontramos ante un vasto campo que es casi completamente desconocido por la vida ordinaria de las parroquias. Resulta muy útil la experiencia de los movimientos familiares que ya han encontrado procesos de acompañamiento eficaces.

En este contexto, el Papa insta al acompañamiento de las personas abandonadas, separadas o divorciadas. Destaca, entre otras cosas, la importancia de la reciente reforma de los procedimientos para el reconocimiento de las causas de nulidad del matrimonio y de la responsabilidad encomendada a los Obispos. El texto recuerda el sufrimiento de los hijos en situaciones de conflicto y dice claramente: "El divorcio es un mal, y es muy preocupante el crecimiento del número de divorcios. Por eso, sin duda, nuestra tarea pastoral más importante con respecto a las familias, es fortalecer el amor y ayudar a sanar las heridas, de manera que podamos prevenir el avance de este drama de nuestra época"(n. 246). Se hace alusión a los matrimonios mixtos y a aquellos con disparidad de culto, a las situaciones de las familias que tienen personas con tendencia homosexual, reafirmando el respeto hacia ellas y el rechazo de cualquier injusta discriminación y de cualquier forma de agresión o violencia.

La parte final del capítulo es muy valiosa desde el punto de vista pastoral: "Cuando la muerte clava su aguijón". Se trata de una dimensión que requiere una nueva atención pastoral dado que el sentido de la muerte en la sociedad contemporánea ha sido atenuado y cada vez hay menos gestos y palabras para los que mueren y para los que se quedan.

El cuidado de las familias heridas: acompañar, discernir e integrar la fragilidad

El capítulo octavo - una de las partes más esperadas de la Exhortación papal - es una invitación a la misericordia y al discernimiento pastoral frente a situaciones que no responden plenamente a lo que el Señor propone. El Papa insiste en que no se debe renunciar a iluminar la verdad del camino de la fe y las fuertes exigencias para seguir al Señor, como señalé al principio. Por el contrario, el Papa invita a tener la mirada de Jesús y el estilo de Dios. Jesús nos lo muestra claramente en sus palabras, en sus gestos y en sus encuentros. El Papa recuerda que hay "otras formas de unión que contradicen radicalmente este ideal, pero algunas lo realizan al menos de modo parcial y análogo". En cualquier caso, la Iglesia "no deja de valorar los elementos constructivos en aquellas situaciones que todavía no corresponden o ya no corresponden a su enseñanza sobre el matrimonio"(292). Aquí podemos oír el grito del evangelio "la mecha humeante no se apagará" (cf. Mt 12,20). Cada "semilla de familia" - se podría decir -, sea como sea, ha de ser acompañada y ayudada para hacerla crecer.

A continuación se expone el nuevo eje de la vida pastoral de la Iglesia que el Papa inscribe en el horizonte de la Misericordia: una Iglesia dedicada a apoyar e integrar a todos. Ninguno puede ser excluido. Es por esto que se le pide una mirada de compasión y no de condena. Es el sentido del discernimiento abierto a recibir en las diversas situaciones, aquellos "signos de amor que de algún modo reflejan el amor de Dios" (294). Por lo tanto hay que, "evitar los juicios que no toman en cuenta la complejidad de las diversas situaciones, y hay que estar atentos al modo en que las personas viven y sufren a causa de su condición" (296). Cada persona tiene que encontrar un lugar en la Iglesia, "nadie puede ser condenado para siempre" (297). Las situaciones pueden ser muy diferentes y "no han de ser catalogadas o encerradas en afirmaciones demasiado rígidas sin dejar lugar a un adecuado discernimiento personal y pastoral" (298). Por esta razón, el Papa considera que no es necesaria una "nueva normativa general de tipo canónica" sino que hay que pasar a "un responsable discernimiento personal y pastoral de los casos particulares" (300).

Las palabras claves confiadas a los Obispos son simples y directas. Se trata de tres verbos que constituyen un único itinerario: acompañar, discernir, integrar (en la comunidad cristiana). La fe compartida y el amor fraterno pueden realizar milagros, incluso en las situaciones más difíciles. El acceso a la gracia de Dios, que acogida, genera la conversión del pecador, es un asunto serio. La doctrina católica sobre el juicio moral, tal vez un poco descuidada, vuelve a ser honrada: la calidad moral de los procesos de conversión no coincide automáticamente con la definición legal de los estados de vida. La tarea de los sacerdotes, concretamente, está dirigida a conducir hacia este encuentro con el Obispo: nada de "hazlo tú mismo", ni para ellos, ni para los fieles. No es un cálculo legal que debe aplicarse, ni un proceso que se decide arbitrariamente. El camino solicitado ha de interpretar la doctrina de la Iglesia, discernir las conciencias, honrar el principio moral, proteger la comunión.

En esta línea, acogiendo las observaciones de muchos Padres sinodales, el Papa afirma que “los bautizados que se han divorciado y se han vuelto a casar civilmente deben ser más integrados en la comunidad cristiana en las diversas formas posibles, evitando cualquier ocasión de escándalo”. “Su participación puede expresarse en diferentes servicios eclesiales (...) Ellos no sólo no tienen que sentirse excomulgados, sino que pueden vivir y madurar como miembros vivos de la Iglesia (...) Esta integración es también necesaria para el cuidado y la educación cristiana de sus hijos" (299).

De manera más general, el Papa hace una afirmación extremadamente importante para entender la orientación y el sentido de la Exhortación: "Si se tiene en cuenta la innumerable diversidad de situaciones concretas (...) puede comprenderse que no debía esperarse del Sínodo o de esta Exhortación una nueva normativa general de tipo canónica, aplicable a todos los casos. Sólo cabe un nuevo aliento a un responsable discernimiento personal y pastoral de los casos particulares, que debería reconocer que, puesto que «el grado de responsabilidad no es igual en todos los casos», las consecuencias o efectos de una norma no necesariamente deben ser siempre las mismas"(n.300). El Papa desarrolla más profundamente las necesidades y características del proceso de acompañamiento y discernimiento en un profundo diálogo entre los fieles y pastores. Con este fin, recuerda la reflexión de la Iglesia sobre los "condicionamientos y las circunstancias atenuantes" con respecto a la imputabilidad y la responsabilidad de las acciones y, basándose en Santo Tomás de Aquino, subraya la relación entre "las normas y el discernimiento", afirmando: "que las normas generales presentan un bien que nunca se debe desatender ni descuidar, pero su formulación no pueden abarcar absolutamente todas las situaciones particulares. Al mismo tiempo, hay que decir que, precisamente por esa razón, aquello que forma parte de un discernimiento práctico ante una situación particular no puede ser elevado a la categoría de una norma"(304).

En la última sección del capítulo: "La lógica de la misericordia pastoral", el Papa Francisco, para evitar cualquier interpretación desviada, reitera firmemente: "Comprender las situaciones excepcionales nunca implica ocultar la luz del ideal más pleno ni proponer menos que lo que Jesús ofrece al ser humano. Hoy, más importante que una pastoral de los fracasos es el esfuerzo pastoral para consolidar los matrimonios y así prevenir las rupturas"(307). Pero el sentido global del capítulo y del espíritu que el Papa Francisco desea imprimir en la pastoral de la Iglesia se encuentra resumido en las palabras finales: "Invito a los fieles que están viviendo situaciones complejas, a que se acerquen con confianza a conversar con sus pastores o con laicos que viven entregados al Señor. No siempre encontrarán en ellos una confirmación de sus propias ideas o deseos, pero seguramente recibirán una luz que les permita comprender mejor lo que les sucede y podrán descubrir un camino de maduración personal. E invito a los pastores a escuchar con afecto y serenidad, con el deseo sincero de entrar en el corazón del drama de las personas y de comprender su punto de vista, para ayudarles a vivir mejor y a reconocer su propio lugar en la Iglesia"(312). Sobre la "lógica de la misericordia pastoral" el Papa Francisco afirma con fuerza: "A veces nos cuesta mucho dar lugar en la pastoral al amor incondicional de Dios. Ponemos tantas condiciones a la misericordia que la vaciamos de sentido concreto y de significación real, y esa es la peor manera de licuar el Evangelio"(n. 311).

Espiritualidad conyugal y familiar

El capítulo IX está dedicado a la espiritualidad conyugal y familiar, "hecha de miles de gestos reales y concretos" (n.315). Se dice claramente que "quienes tienen hondos deseos espirituales no deben sentir que la familia los aleja del crecimiento en la vida del Espíritu, sino que es un camino que el Señor utiliza para llevarles a las cumbres de la unión mística" (316). Por otra parte, "los momentos de gozo, el descanso o la fiesta, y aun la sexualidad, se experimentan como una participación en la vida plena de su Resurrección" (317). Seguidamente se habla de la oración a la luz de la Pascua, de la espiritualidad del amor exclusivo y libre asumiendo el desafío y el anhelo de envejecer y desgastarse juntos y así reflejar la fidelidad de Dios (cfr. 319). Y, finalmente, la espiritualidad "del cuidado, del consuelo y del estímulo". En el párrafo final, el Papa dice: "Ninguna familia es una realidad celestial y confeccionada de una vez para siempre, sino que requiere una progresiva maduración de su capacidad de amar (...) Todos estamos llamados a mantener viva la tensión hacia un más allá de nosotros mismos y de nuestros límites, y cada familia debe vivir en ese estímulo constante. Caminemos familias, sigamos caminando (...) No desesperemos por nuestros límites, pero tampoco renunciemos a buscar la plenitud de amor y de comunión que se nos ha prometido"(325).